

# LA METAMORFOSIS

La relación de Alex y Sofía se mantenía viva después de dos décadas de feliz matrimonio. Los dos estaban tan enamorados como a día que dieron el sí quiero ante don Rodrigo en la capilla del castillo de aquella localidad alicantina en la que se habían conocido el verano del 99. Eran felices pero les faltaba cierto grado de espontaneidad y un poco de improvisación en el día a día. La rutina, falta de emoción y un poco de sorpresa, comenzaba a robarles ciertos grados de cariño y, lo que era peor, cada vez se les hacían más insoportables los defectos del otro. Llevaban dos décadas durmiendo cada uno en el mismo lado de la cama y a medio metro de distancia; pero en realidad estaban a veinte. Como dos desconocidos. Pasaban los minutos en silencio en medio de la sombra y solo se escuchaba el reloj.

La noche parecía eterna y lo suyo efímero. Los mirados buscaban el vacío hasta comprender que a partir de ahora nada sería como antes. Todo explotó aquella noche, tras una pequeña discusión en la que Alex recriminó a Sofía su forma de comportarse mientras cenaban con un futuro cliente. Ella fue la que tuvo que aguantar la descortesía de la mujer del cliente al traerle el café sobre el vestido verde botella que le había regalado Alex por su 20 aniversario.

En el camino de vuelta a casa recordar como se conocieron. Fue en la acera cercana a su casa. Abrió los ojos y estaba en medio de la calle. Se sentía desorientada y no era capaz de recordar qué había pasado justo un minuto antes. Un corrillo de curiosos ávidos por contar algo diferente en la cama miraba sus tapujos su cara y solo aquel chico se animó a ayudarla. Desde entonces seguía empeñado en estar a su lado. Y ahí seguía. Llegaron a casa con la mente en ebullición. Pedían aligerar su equipaje de la vida, hacerse oníquitos y creerse que se habían equivocado. Pero ninguno quiso sentirse menos que el otro y decidieron dejarlo estar.

Aquella noche tenía una luz diferente. Como si le quisiera avisar de lo que estaba a punto de ocurrir. Entonces Sofía miró al espejo y descubrió como mirarse. De pronto, con aquella imagen en frente, entendió que había estado demasiado tiempo mirando en la dirección equivocada. Entre sueños, Sofía ocupó el sitio de Alex, y Alex el de Sofía sufriendo una metamorfosis espiritual y física. Para los dos resultó una necesidad enfrentarse al otro desde el otro lado de la cama. De hecho, el otro no parecía su pareja sino un intruso que resultaba al mismo tiempo sorprendentemente familiar, como si se hubieran conocido en otra vida, en otro país, en otro idioma.

De madrugada se sentían como una tormenta que escuchas llegar a lo lejos y se acerca sin prisa, inexorable y segura. La lluvia supuso la derrota del horizonte que queda difuminado entre el cielo, las nubes y el mar. Y aparecen las lágrimas. No me preguntas que me pasa, simplemente abrázame dijo Sofía. Quítale por eso al levantarse decidieron extender el cambio a a los otros aspectos de la existencia. Así, Alex comenzó a ponerse a la izquierda de Sofía en la mesa mientras realizaban las comidas diarias, y a su derecha en el sofá cuando se sentaban a ver las películas clásicas que tanto les gustaban a ambos.

Lo mismo sucedía en el coche, que habitualmente conducía Alex, y en el que Sofía ocupó el lugar del conductor mientras él le daba conversación tal y como hacía a diario Sofía. El cambio modificó sus vidas y les permitió conocer más al otro, haciéndoles supe los defectos que tenía el otro y que habían convertido la convivencia entre ellos en algo más difícil. Entre tanto, sus fantasmas, abandonados en los lugares primitivos continuaron relacionándose con la rutina anterior.

Mientras ellos se abrazan con la extrañeza de dos adultos que engañan a sus padres, sus espíritus continuaban jugando al matrimonio perfecto. La metamorfosis fue tal que enseguida se convirtieron en cuatro individuos. Dos reales y dos imaginarios. Iban juntos a todas partes, en las posiciones respectivas inter-  
tidas, como la imagen que devuelve el espejo. En los restaurantes, aunque solo reservan mesa para dos, se sentaban en realidad cuatro y se pasaban la cena discutiendo sobre las ventajas de la rutina frente a las de esta novedosa vida, sin ponerse de acuerdo.

Tenían tanto miedo a decirse todo lo que se les invadieron los silencios y poco a poco se fueron muriendo las palabras. Pasaron a ser unos discapacitados por tanto callar. Se fueron perdiendo y dejándose de todo. Se durmieron en un profundo silencio y se quedaron sin palabras. Nada que decir, quisieron decirse muchas cosas. Palabras que atravesaban el portal de sus labios para decir al otro, paisajes, tormentas, sueños lunas perdidas, silencios, libros subrayados, canciones plagadas, abrazos... Decíse lo que se dijeron sin decir. Palabras que se construyen sin letras.

Cuando sentía nostalgia del pasado miraban las fotos de su viaje como el que guarda un tesoro. Aquellas fechas con cámaras que nos les dejaban equivocarse y que tardaban días o semanas en descubrir. Fotos de instantes y de momentos juntos fechas con objetos rotos a golpe de click. Los cuatro gritaban frente al mar con la complicidad de las olas y del viento que acariciaba las acantiladas. Tenían ganas de llorar, de soltar bostes, de estar tristes, de encerrar sus miedos en aquella caja que sostenían entre las manos y abrirla cuando estuvieran preparados. Decidieron lanzarla al mar, pero se arrojaron mientras se hundía en el Atlántico. Volvían a ser dos.

El sol brillaba más naranja que nunca y bajo sus pies había un mar de arena blanca que les recordaba donde estaban. Miraban sin mirar mientras permanecían callados, rozándose nariz con nariz y acariciados por la luz cada vez más intensa y cálida. Hubieran parado el tiempo.

Transcurrido el tiempo, regresaron por nostalgia a los lugares de siempre, encontrando, eso sí, sus huellas como las habían dejado. Sabiendo a la perfección los detalles del cuerpo del otro y los defectos, ahora no tan desesperados como antes de la transmutación. Volvieron a ser dos, y a veces, cuando imaginaban la posibilidad de ser otra vez cuatro sentían una pesada erofine, porque si tras 20 años de matrimonio nunca se les ocurrió un cambio radical, porque hacerlo ahora.

Sofía se preocupó es calor abajo. Llegaba tarde. Otra vez. Apenas eran las 7 y ya se deslataban las nubes, se vestía el cielo de día y dejaba a un lado la noche mientras algún meteorito regresaba a casa. Miró el reloj. Según siendo las 7. Despierta. Otra vez ese sueño. Otra vez eran dos.